



EMILIO SAAD

El Familiar

UNA HISTORIA DE TERROR


azulejos

El Familiar

UNA HISTORIA DE TERROR

Emilio Saad



Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autores de secciones especiales: Emilio Saad y Alejandro Palermo
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Griselda Ponce
Gráfica de tapa: Verónica Carman

Saad, Emilio

El familiar : una historia de terror / Emilio Saad. - 1a ed. - Boulogne :
Estrada, 2020.

176 p. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Rojos)

ISBN 978-950-01-2544-4

1. Literatura. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. I. Título.
CDD A863.9283



Colección Azulejos - Serie Roja

54

© Editorial Estrada S. A., 2009.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.


Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2544-4

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



EL AUTOR
Y LA OBRA

BIO- GRAFÍA



EMILIO SAAD es periodista, historietista, escritor, dramaturgo y operador social. Nació en Tucumán, en 1950. Poco antes de cumplir nueve años, se trasladó con su familia a Buenos Aires. Allí realizó sus estudios (periodismo, teoría del teatro, dibujo) y, a su tiempo, inició sus actividades profesionales.

Como historietista dibujó y escribió más de seiscientas historietas publicadas por diversas editoriales: Columba, Cielosur, Skorpio, Makoki (Barcelona), etcétera. Dentro del género, trabajó con Héctor Oesterheld, Robin Wood, Ernesto García Seijas y Horacio Altuna, entre otros.

En 1995 realizó un curso de operador social, dictado por la entonces Secretaría de Desarrollo Social de la Municipalidad de Buenos Aires. Trabajó durante nueve años en instituciones públicas y privadas que se dedican a la atención de menores en situación de riesgo.

Condujo los talleres que produjeron el material para la revista *Chicos de la calle en Buenos Aires* (1997-2002), editada por la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Dirigió diversas revistas juveniles, barriales y de interés comunitario: entre otras, *Utopía juvenil* y *Amanecer al margen*.

Desde 1997 hasta 2001, condujo talleres de dramaturgia para estudiantes secundarios. En ese marco, además, escribió más de veinte piezas que fueron representadas por jóvenes que participaban en el proyecto: *Detrás de la puerta*, *De bares y de pájaros*, *Plaza abierta*, etcétera. También escribió y estrenó obras teatrales para adultos.

Publicó una novela histórica para chicos: *La casa de las ánimas* (Crecer creando, 2006).

Desde 2003 conduce varios talleres (de historietas, periodismo y literatura) dentro del Programa “Club de Jóvenes” del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.



La obra

El mito del Familiar estuvo muy difundido en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy desde fines del siglo XIX hasta las cuatro primeras décadas del siglo XX. Según una de sus versiones, el dueño de un ingenio azucarero hacía un pacto con Zupay (el Diablo criollo) para asegurarse buenas cosechas eternamente. En consecuencia, Zupay le enviaba al Familiar (un monstruo descrito de diversas maneras), al cual el dueño del ingenio debía entregarle, cada año, uno o dos peones, aparentemente para que ese ser los devorara.

Mi novela se desarrolla en Tucumán, en el verano de 1938. Luis, un chico porteño de quince años, va de vacaciones con su familia a un ingenio donde el tío de su padre trabaja como contador. Mientras en el relato se desarrolla la aventura mítica, también va revelándose un conflicto laboral y social: estamos en la década del treinta, en un país con escasas leyes sociales, salarios paupérrimos y patrones que pagan con vales.

Y otro conflicto se despliega: Buenos Aires y el interior. Las diferencias, los parecidos y los enfrentamientos. Porque los protagonistas son chicos que se reconocen de un mismo país, aunque por momentos parecen pertenecer a mundos distintos.

Pero todavía hay un conflicto más íntimo: el relacionado con el crecimiento individual. A medida que relata sus vivencias, Luis parece ir construyéndose a sí mismo. Va creando sus propias convicciones, va singularizándose. No olvidemos que la historia se desarrolla en Tucumán, cuna de la independencia argentina.

Todos los conflictos que he enumerado convergen en un final que, quiero creer, se presenta como la superación de esas diferencias. Al final de la historia, tal como Luis dice, él ya no es el “mismo”, pero tampoco es “otro”: es, sencillamente, “mejor”. Y tal vez esto pueda decirse de su familia, de sus amigos y de todos aquellos involucrados en la aventura. Me encantaría que esto, hoy, también pudiera decirse de nuestro país.

El autor

El Familiar

UNA HISTORIA DE TERROR

Emilio Saad

*A mis amigos de Tucumán, cuando yo era un chango,
con el deseo de que la vida haya sido lo mejor posible para ellos.*

1 El relato de Luis

Yo nunca me voy a olvidar de esas vacaciones. Papá había dicho: “Este verano vamos a ir a Tucumán, a visitar al tío Joaquín”.

Para mí, Tucumán era el lugar donde se había declarado la independencia de la Argentina. Recordaba los dibujos de la Casa Histórica que me mandaban a hacer en la escuela primaria. Y la figura de esos congresales gritando “¡Sí, quiero!”, en una casa que, a juzgar por el deterioro de su fachada, no parecía capaz de resistir tal griterío. Sobre todo si esos hombres habían sido como aseguraban las maestras: unos próceres cuya decisión había hecho temblar los cimientos de la historia. Yo no quería imaginar lo que podía haber pasado con los cimientos de aquella casa.

Pero no me tomen en serio. En noviembre de 1937 yo recién había cumplido quince años. A esa edad se es crítico por naturaleza. Uno todavía no sabe lo que es el mundo, pero ya empieza a sospechar que no es tal como se lo contaron. No es que se vuelva escéptico. Al menos en mi caso. Yo, simplemente, quería aprender por mi cuenta. Me había convertido —debo decirlo— en un investigador. ¿Así que Tucumán era una provincia del norte? ¿Así que su economía

dependía de los ingenios azucareros? Y no hablemos de los valles calchaquíes ni de las ruinas de los indios diaguitas. A mi edad sentía la necesidad de comprobarlo todo. Y no crean que desdeñaba lo que me habían enseñado. Lo tomaba como un antecedente. Una guía de investigación, digamos.

Les dije a mis padres que quería conocer Amaicha del Valle y subir a lo más alto del Aconquija. Ellos sonreían ante mi entusiasmo. Yo era un chico nacido y criado en Buenos Aires, en el límite entre el barrio de Belgrano y el de Núñez. Ni siquiera conocía Mar del Plata que, por ese entonces, todavía era un balneario para gente rica. Mis tardes de playa no pasaban de Olivos o la Costanera Sur. De modo que, un día, mamá, al verme estudiar concienzudamente el mapa de Tucumán —por suerte era la provincia más chica del país— dijo satisfecha:

—Luisito puede aprender mucho de este viaje.

¡La pobre! No sabía que investigar es aventurarse. Y esto siempre significa internarse en lo desconocido. Y lo desconocido podía ser la magnífica vista de un valle desde las cimas del Aconquija. Pero también la horrorosa oscuridad subterránea por la que Cachilo y yo correríamos despavoridos, poco tiempo después, sintiendo que un monstruo indescriptible venía detrás de nosotros. Un monstruo del cual ya hablaré y que aún hoy, cuando escribo, me hace temblar la mano. “Algo” a quien Cachilo llamaba “el Familiar” y que,

por supuesto, no era de su familia. Más bien parecía haber sido el destructor de ella.

Pero no quiero adelantarme. Contada rápidamente, esta historia puede parecer demasiado fantástica. Y aunque tal vez lo sea, quiero avanzar paso por paso para que se comprendan las razones de mi horror, de mi mano que tiembla y del ramalazo de espanto que a veces, de noche, todavía me asalta. Quiero decir, en suma, que la historia que voy a contar tal vez no tenga explicación. Pero una explicación es lo que menos importa cuando uno corre desesperado por los pasadizos secretos de un ingenio azucarero. Y cuando tu amigo grita “¡Escapá vos; viene por mí!” y al volver la cabeza ves al monstruo saltar —con sus ojos fosforescentes y sus fauces abiertas— sobre Cachilo, ese tucumano flaco y audaz, el mejor amigo que tuviste en la vida.

2 | La llegada

El tío Joaquín, en realidad, era tío de mi padre. Y recién cuando surgió lo de las vacaciones me enteré de que hacía dos años que estaba trabajando en un ingenio tucumano. Hasta entonces yo solamente sabía que era contador público y que se había ido a vivir al norte con su esposa. Uno suele ser desatento a esa edad; y reconocamos que un tío viejo y dedicado a los números no es un personaje apasionante. Ahora, para mí, estaba súbitamente plantado en el lugar de la aventura. Digo esto con toda ingenuidad y ridiculez. Yo jamás había salido de Buenos Aires. Peor aún: alguna vez, un viaje al Tigre me había parecido —por su lejanía, por sus ríos y su vegetación— una incursión, no digo en otro mundo, pero al menos en otro país. Me decepcionó saber que ni siquiera había cambiado de provincia.

De modo que el viaje en tren me tuvo excitado y tenso frente a la ventanilla, devorando primero las aburridas llanuras de Buenos Aires y Santa Fe como si fueran emocionantes paisajes. Luego pasé la noche en vela tratando de descubrir algún relieve en una oscuridad exterior que, en realidad, se veía tan plana como la llanura (mi madre aseguró que me dormí poco antes de medianoche). Al día

siguiente ya estábamos al sur de Santiago del Estero. Tragamos toda la tierra posible y sufrimos todo el calor imaginable, pero al menos el paisaje había cambiado. Desierto, polvo y yuyales. Por momentos, alguna arboleda. Y de golpe una tierra resquebrajada e infinita que me dejaba absorto: así debían ser las superficies de Marte, la Luna y los planetas que habíamos estudiado en primer año.

Ya entrando en la provincia de Tucumán, el paisaje se volvía más verde. No niego mi tranquilidad. Pero mi afán de aventuras era exigente. Después de todo, el Tigre tenía ríos y arroyos: un panorama que podía evocar novelas de Emilio Salgari. Aquí solo había plantaciones, árboles y en especial naranjos. Y algún puente y basta.

Pero eso no es nada: lo peor fue bajar y dar un primer vistazo a la ciudad de Tucumán. Vi plazas, tranvías, coches, gente vestida de calle. Aunque tenía quince años y sabía que una ciudad que se precie tenía que ser así, sentí un inevitable disgusto. ¿Qué aventura imprevisible podía ocurrir allí? Tenía la impresión de estar a tres cuadras de mi casa, en la esquina de Monroe y Cabildo.

Dejo para más adelante la descripción del tío Joaquín. Baste decir que nos había ido a esperar a la estación y que, luego de los saludos, nos llevó hasta un Ford reluciente que estaba estacionado afuera. Hicimos un pequeño recorrido por la ciudad; según dijo el tío, otro día conoceríamos el Parque Nueve de Julio y la Avenida Mate de Luna. No me

entusiasmé. No creí que nada pudiera atenuar mi desilusión. Cuando el tío Joaquín me preguntó cómo me sentía, le respondí:

—Tengo hambre.

El autor y la obra	3
Biografía	4
La obra	5
El Familiar. Una historia de terror	7
1 El relato de Luis	9
2 La llegada	13
3 Tierra adentro	17
4 Don Juan	21
5 Los golpes	25
6 El peón	29
7 La cena	33
8 El cuento	37
9 El ingenio	41
10 La bicicleta	45
11 Cachilo	49
12 Isaela	53
13 Los hermanos	57
14 Las manos	63
15 La tía Clotilde	67

16 La casa de don Juan	71
17 Inquietud y búsqueda	77
18 El viejo Bagazo	81
19 A medianoche	87
20 La Viuda	91
21 Los hermanos y yo	95
22 De paseo	99
23 Los amigos	103
24 La puerta	109
25 El sótano	113
26 El horror	117
27 Los límites	121
28 El castigo	127
29 La confesión	131
30 El consejo	137
31 El Palá-palá	141
32 Esa voz	147
Los finales	153
Actividades	161
Actividades de comprensión de lectura	162
Actividades de producción de escritura	165
Actividades de relación con otras disciplinas	167

El Familiar

Una historia de terror

Emilio Saad

Tucumán, verano de 1938. Luis, un chico porteño de quince años, va de vacaciones con su familia a un ingenio azucarero. Allí se vinculará con dos hermanos cuyo padre ha desaparecido. El rumor de los paisanos indica que se lo mandaron al Familiar. “El Familiar” es un mito del norte argentino; según una de sus versiones, el dueño de un ingenio azucarero, con el objeto de asegurarse buenas cosechas, debía entregar, cada año, uno o dos peones... aparentemente, para que “El Familiar” los devorara.

Cód. 46630

ISBN 978-950-01-2544-4



9 789500 125444 >



macmillan
education



estrada
Seguimos haciendo historia